

ZBD # 9

Paolo Febbraro (poesía)

Textos recibidos el 04/10/2016, aceptados el 31/10/2016 y publicados el 30/01/2017



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License



PAOLO FEBBRARO nació en Roma el 29 de enero de 1965. Se dedica a la docencia en centros de enseñanza superior. Lo mejor de su actividad poética está representada en la obra en verso y prosa *Il Diario di Kaspar Hauser* (2003; versión española de Bruno Mesa *El Diario de Kaspar Hauser*, 2015; versión inglesa de Anthony Molino *The Diary of Kaspar Hauser*, 2016) y en los volúmenes *Il bene materiale* (2008) y *Fuori per l'inverno* (2014). Sus versos han sido traducidos al español, inglés, francés y árabe. Como crítico ha publicado libros sobre Aldo Palazzeschi, Umberto Saba y Primo Levi. Su obra ensayística más relevante es *L'idiota. Una storia letteraria* (2011), en la que individualiza la figura del extraño en diversas obras maestras de la tradición occidental, de los griegos al siglo XX, pasando por Lucrecio, Maquiavelo, Shakespeare, Cervantes, Diderot, Stendhal, Melville y Dostoyevski. En 2015 se publicó

el volumen *Leggere Seamus Heaney*, en el que se reúnen versos y fragmentos en prosa del autor irlandés. *I grandi fatti*, aparecido en 2016, recoge cuentos y breves textos en prosa escritos a lo largo de veinte años. Recientemente ha publicado *Poesia d'oggi. Un'antologia italiana*, obra que culmina, y tal vez agota, su larga actividad de crítico militante.

De *Il secondo fine* (Marcos y Marcos, 1999)
luego en *Il bene materiale* (Scheiwiller, 2008)

Dijo la voz:
«Soy aquel que privó
del juicio a Kant
y de los ojos a Homero.
Fui yo quien quise inciertos
los rasgos
del padre de Hamlet,
soy yo la fiebre irresponsable
que prendió a Alejandro,
el sueño feliz
que instigó a Atila
y la mirada de soslayo
que traicionó a Orfeo.
Los planes de batalla
susurré
al vencedor de Waterloo,
a Leonardo atormenté
con el más loco de los amores.
Con fulgor de fuego
perdí en la oscuridad
en Alejandría
siglos de palabras,
corrí
por las treinta y tres lamas
que quisieron rojos y famosos
los idus de marzo.
Por envidia he actuado
con fría inteligencia.
Ahora me voy
a un lugar ni blanco ni negro
a salvo de cualquier perfume
y de cualquier pensamiento».
«Demonio, víbora, serpiente,
débil amante de la nada,
que caiga sobre ti, traidor,
el olvido irrevocable».
«No me llames diablo,
hombre. Soy Dios».

~

Ya sale el sol y borra
 en el aire los restos de la pesadilla
 que hasta fue cena, palabras y manos.
 Otros jugarán con la rima
 boca arriba entre sepulcro y ascensión,
 entre muerte propia y su resurrección.
 Vosotros libraos de la salvación.
 Sale a tiempo el sol y os borra
 con blancos dedos la áspera ternura».

~

Y en la última puerta,
 en el penúltimo paso,
 cuando aún el pensamiento
 si aflora tiene un dónde para volver,
 un instante antes que el cielo
 se desvele por siempre o se cubra
 ¿no darías una semilla
 de tu eternidad
 por volver allí?
 ¿no buscarías el aliento
 por unas pocas palabras menguadas
 tipo buenos días cuatro tres sí de acuerdo me
 oís?

~

De *Il bene materiale* (Scheiwiller, 2008)

«Buenos días, deme trescientos gramos del cadáver
 de un ternero. Pero se lo ruego, que sea
 de uno que no haya sufrido yendo
 al matadero, el más bobo, confiado o
 abstraído, cuyo último mugido
 no haya lastimado la carne de pesadilla
 y maldición a nuestra bíblica
 autoridad, y autorización. Un hermoso becerro
 con los nervios no lacerados
 por la memoria de un cercado.
 Que vaya bien con un caldo ligero,
 la fruta de temporada y el aroma
 del vino joven. Deme de ese».

El cuerpo del marido

Comienza tu horario de viuda
si repasas el borde en la sábana arrugada
del cuerpo inconsciente del marido,
ahora perdido en su gabán
para echarse encima el invierno.

Te apoyas en el cuerpo del marido,
bendices con la sien su esternón,
la costilla, el pulmón que sube:
se vuelve tu recorte de periódico,
la buena noticia que hay que conservar.

Todo eso que leer es humano
de tu recíproco tema:
la partitura cotidiana,
tu aplazado problema.

~

No creas que el cuerpo te pertenece:
el insecto veraniego basta para quitarle
miligramos de sobra, el pan cotidiano
lo tienta; y en el espejo
ves superpuesto el tiempo que obra
en el cuerpo de tu madre, ignoras
maravillas que en silencio
consternan al marido, de los transeúntes
haciendo enemigos. Así que
no creas en el cuerpo, malgástalo
en la unión nocturna, en nuestra
altísima confusión, y después
véndelo al sueño en las aguas nocturnas.

Los tiempos muertos

Acaba noviembre y los pájaros
 llevan a los tejados ramitas
 peladas, desmenuzan en vuelo los vientos.
 Con el pan fresco bajo el brazo dos viejos
 tiernos de hambre y nostalgias piensan
 en sus veinte años, en los dientes.
 Corren los campos de cardo alrededor
 de la estación suburbana; retrasos
 se anuncian desde lo alto en voz alta; en el
 banco, las piernas cruzadas, medita
 el pasajero sus eternos errores.
 Son estos –piensa– los tiempos de siempre,
 los tiempos muertos.

El sufrimiento se actualiza, banal
 se deshoja la página de papel de lija:
 lo murmura el comprador del periódico
 y quisiera volver atrás. La Bolsa
 títulos cae, el mundo vale menos;
 las vértebras del viajero notan
 en el asiento la restitución del freno.
 Estudiantes bajan con prisas, alborotadores
 en su uniforme juvenil: entre histórica
 y vil es la mirada de dos ancianos
 veteranos del siglo pasado, entre las manos
 dos destinos. Además de los pasados –se abrazan–
 vendrán tiempos muertos.

En la ventanilla de al lado, hay uno que vive,
 en el vagón mal caldeado, pone
 en el folio palabras afónicas, carentes
 de sociabilidad; solo, un poco curvo,
 desecha e impregna, se toma la molestia.
 Como con música anota
 lo que ha oído más casualmente;
 vacía los deberes del tiempo libre,
 la jardinería de la mente, encastra
 pensamientos queridos, palabras cortas.
 No pagará la moneda de los vivos
 –murmura– el cuidado de los tiempos muertos.

De Fuori per l'inverno (Nottetempo 2014)**Declaración**

«Doy testimonio, pongo en acta
 que hace tiempo se cantaba por el espejo,
 tardaba o nos enfermaba primavera,
 las mujeres se compraban con los corazones.
 Noche, atardecer y tarde
 estaban por la muerte, de amores
 era síntoma el día, y ceguera.
 Del mar afirmo la materna crueldad,
 del árbol la arruga taciturna.
 Visto y aprobado lo que aquí fue ley,
 lloro, lo olvido y lo pongo en la urna».

Casandra

«Es inútil predecir el presente.
 Me adentro entre ciegos omniscientes,
 hiero sus propias herramientas de trabajo,
 precipitada en mi abstracción.
 He visto demasiado: un viandante astuto
 se ha dicho ciego de mi profecía
 llevando el ritmo en bronce y escudos
 porque al menos se crea a un hombre.
 Heme aquí desnuda y prosa de días,
 materia y mujer de visitas futuras.
 Pero veo y ya no estoy loca,
 pero he alcanzado mi destino,
 tengo dóciles guardias en torno mío,
 mi santo empequeñecimiento.
 Y mientras la historia me convence
 de abrazos y de semillas y de muros
 la tierra propone
 “al suelo, juntos”».

Querido amor mío, en la tarde
 a las dieciocho treinta,
 nada más volver del trabajo y mientras
 estés en la cocina deshaciendo
 a mano tus intrincados pensamientos
 te cogeré por la fuerza.
 Aferrada por la cintura arrastraré
 sin énfasis tu estupor
 hasta el lecho nupcial y aprovechando
 la sorpresa romperé tu cansancio
 a bocados extraños.
 Para decirte que los años se desvanecen
 y comenzar a tiempo la pérdida
 sabré vengarme de nuestro consenso,
 de la mansedumbre que nos une. Ya que
 las largas culpas son fantasías
 a las que tenemos el derecho a renunciar,
 volveremos a la historia
 con los besos torvos que no conocías.

~

Servicio Permanente Efectivo

«No cejaremos. Ninguna
 antigua actitud, o reconversión.
 No hay civil misión
 que no supiéramos cumplir
 o tal vez fingir a pies juntillas.

Y no es que las arrugas de las esposas,
 y el gato, y los premios por puntos
 no nos falten. Son un sueño.
 No lo creemos. Ni tenemos la intención
 de renunciar: aunque alguien
 (en las encías, el diente canino)
 debe ser el anticuerpo, el suero.

Somos la guerra retráctil,
 nunca comenzada de veras.
 De nosotros mismos os resguardamos,
 sobrios como el vino más negro».

Los clásicos

Lacerados y escoriados, por entre los andamios
de los restauradores los clásicos nos observan
con el ojo saciado del ave rapaz
que nos reduce a instantes. No soportan

las luces artificiales: que la noche sea noche,
nubes en formación sin temporales.
Oprimen el corazón, pero como pueden
hacerlo las manos transmutadas en alas.

En nuestro andar les perdonamos,
espectros educados, mutilados e ideales.
Si los estudiamos, aún nos intimidan.
Pero qué polvo. Qué estantes.

Traducción de Juan Pérez Andrés



**Da *Il secondo fine*, Marcos y Marcos 1999,
poi in *Il bene materiale*, Scheiwiller 2008**

Disse la voce:
 «Sono colui che tolse
 il senno a Kant
 e gli occhi a Omero.
 Fui io che volli incerti
 i tratti
 al padre di Amleto,
 son io la febbre irresponsabile
 che colse Alessandro,
 il sogno felice
 che scatenò Attila
 e lo sguardo traverso
 che tradì Orfeo.
 I piani di battaglia
 sussurrai
 al vincitore di Waterloo,
 Leonardo tormentai
 col più folle degli amori.
 Con sfavillio di fuoco
 persi nel buio
 ad Alessandria
 secoli di parole,
 corsi
 sulle trentatré lame
 che vollero rosse e famose
 le idi di marzo.
 Per invidia ho operato
 con fredda intelligenza.
 Ora me ne vado
 in un luogo né bianco né nero
 al riparo da ogni profumo
 e da ogni pensiero».
 «Dèmone, vipera, serpe,
 debole amante del nulla,
 a te sia dato, infido,
 l'irrevocabile oblio».
 «Non chiamarmi diavolo,
 uomo. Sono Dio».

«Non vi saranno altre voci.
 Già sorge il sole e cancella
 nell'aria i resti dell'incubo
 che pure fu cena, parole e mani.
 Altri giocheranno sulla rima
 capovolta fra sepolcro e ascensione,
 fra morte propria e sua resurrezione.
 Voi liberatevi dalla salvezza.
 Risorge a tempo il sole e vi cancella
 con bianche dita l'aspra tenerezza».

~

E all'ultima porta,
 al penultimo passo,
 quando ancora il pensiero
 se spunta ha un dove per ritornare,
 un attimo prima che il cielo
 si sveli per sempre o si copra
 non lo daresti un seme
 della *tua* eternità
 per ritornarci sopra,
 non cercheresti il fiato
 per poche parole diminuite
 tipo buongiorno quattro tre sì d'accordo mi
 sentite?

Da *Il bene materiale*, Scheiwiller 2008

«Buongiorno, mi dia tre etti del cadavere
di un manzo. Però mi raccomando, che sia
di quello che non ha sofferto andando
al macello, del più sciocco, fidente o
soprappensiero, cui l'ultimo muggito
non abbia striato la carne d'incubo
e maledizione contro la nostra biblica
autorità, e autorizzazione. Un bel vitello
con la nervatura non ustionata
dalla memoria d'un cancello.
Che stia bene col brodo leggero,
la frutta di stagione e l'aroma
del vino novello. Mi dia di quello».

~

Il corpo del marito

Comincia il tuo orario vedovile
se rifai il filo al lenzuolo gualcito
dal corpo inconscio del marito,
adesso perso nel suo pastrano
per addossarsi l'inverno.

Ti appoggi al corpo del marito,
benedici con la tempia il suo sterno,
la costola, il polmone che sale:
diventa il tuo ritaglio di giornale,
la buona notizia da conservare.

Tutto ciò che leggere è umano
del tuo reciproco tema:
lo spartito quotidiano,
il tuo rimandato problema.

I tempi morti

Finisce novembre e gli uccelli
 portano alle tettoie stecchi
 nudi, sminuzzano in volo i venti.
 Col pane fresco in braccio due vecchi
 teneri di fame e nostalgie pensano
 ai propri vent'anni, ai denti.
 Scorrono campi di cardi attorno
 alla stazione suburbana; ritardi
 si annunciano in alto ad alta voce; sulla
 panchina, le gambe a croce, medita
 il passeggero i suoi eterni torti.
 Son questi – pensa – i tempi soliti,
 i tempi morti.

Il patimento si aggiorna, banale
 si sfoglia la pagina di cartavetro:
 lo mormora l'acquirente del giornale
 e vorrebbe tornare indietro. La Borsa
 titoli cade, il mondo vale meno;
 le vertebre del viaggiatore avvertono
 sul sedile la restituzione del freno.
 Studenti scendono in fretta, chiassosi
 nella uniforme giovanile: fra storico
 e vile è lo sguardo di due anziani
 reduci del Novecento, fra le mani
 due sorti. Più degli andati – si stringono –
 verranno tempi morti.

Al finestrino accanto, c'è uno che vive,
 nel vagone male scaldato, incide
 sul foglio parole afone, prive
 di socievolezza; solo, un po' curvo,
 scarta e intride, si prende il disturbo.
 Come per musica annota
 ciò che ha sentito più casualmente;
 svuota i doveri del tempo libero,
 il giardinaggio della mente, incastra
 pensieri cari, termini corti.
 Non pagherà la moneta dei vivi
 – mormora – la cura dei tempi morti.

Non credere che il corpo ti appartenga:
 l'insetto estivo basta a farne
 milligrammi di spreco, quotidiano
 il pane lo adesca; e allo specchio
 stravedi il tempo all'opera
 sul corpo di tua madre, ignori
 meraviglie che in silenzio
 accorano il marito, dei passanti
 facendo nemici. Così
 non credere nel corpo, sperdilo
 nell'unione serale, nella nostra
 altissima confusione, e dopo
 vendilo al sonno nelle acque notturne.

Da Fuori per l'inverno, Nottetempo 2014

Deposizione

«Do testimonianza, metto a verbale
 che un tempo si cantava per lo specchio,
 tardava o ci ammalava primavera,
 le donne si compravano coi cuori.
 Notte, tramonto e sera
 stavano per la morte, di amori
 era sintomo il giorno, e cecità.
 Del mare affermo la materna crudeltà,
 dell'albero la piega taciturna.
 Visto e approvato ciò che qui fu legge,
 piango, lo scordo e depongo nell'urna».

Cassandra

«È inutile predire il presente.
 M' inoltro fra ciechi onniscienti,
 ferisco i loro ferri da lavoro,
 precipitata nella mia astrattezza.
 Ho visto troppo: un viandante astuto
 si è detto cieco della mia veggenza
 battendo il ritmo su bronzi e scudi
 perché a un uomo almeno si creda.
 Eccomi spoglia e prosa di giornate,
 materia e donna di visite future.
 Ma vedo e non sono più folle,
 ma sono entrata nel mio destino,
 ho docili guardie ai contorni,
 mia santa diminuzione.
 E intanto che la storia mi convince
 di mura di abbracci e di seme
 la terra suggerisce
 “a terra, insieme”».

~

Mio caro amore, nel pomeriggio
 alle diciotto e trenta,
 da poco tornato dal lavoro e mentre
 starai in cucina per sciogliere
 a mano i tuoi intricati pensieri
 io ti prenderò con la forza.
 Afferrata per la cintola trascinerò
 senza enfasi il tuo stupore
 sul letto nuziale e sfruttando
 la sorpresa romperò la tua stanchezza
 a morsi strani.
 Per dirti che gli anni sbiadiscono
 e cominciare in tempo la perdita
 saprò vendicarmi del nostro consenso,
 della mitezza che ci assembla. Poiché
 le lunghe colpe sono fantasie
 che abbiamo il diritto di smettere,
 torneremo alla storia
 coi baci torvi che non conoscevi.

Servizio Permanente Effettivo

«Non smobiliteremo. Nessuna
antica abitudine, o riconversione.
Non vi è civile mansione
che non sapremmo eseguire
o forse fingere a puntino.

E non che le rughe delle mogli,
e il gatto, e i premi-benzina
non ci manchino. Sono un sogno.
Non ci crediamo. Né abbiamo intenzione
di rinunciarvi: ma qualcuno
(nella gengiva, il dente canino)
dev'essere l'anticorpo, il siero.

Noi siamo la guerra retrattile,
mai cominciata davvero.
Da noi stessi vi ripariamo,
sobri come il vino più nero».

~

I classici

Butterati dalle ustioni, fra i ponteggi
dei restauratori i classici guardano
a noi con l'occhio sazio del rapace
che ci riduce a istanti. Non sopportano

luci artificiali: notte sia notte,
nubi a plotoni senza temporali.
Stringono il cuore, ma come lo possono
fare le mani tramutate in ali.

Nel nostro andare noi li perdoniamo,
spettri educati, mutili e ideali.
Se li studiamo, ancora ci minacciano.
Ma quale polvere. Quali scaffali.